



BUENAS TARDES

Sigo el hilo de mi reciente viaje a Sanlúcar, porque por casualidad, después de la jornada que tuvimos, me invitaron a cenar... a Casa Bigote. Me hizo ilusión, por la espectacular experiencia del mediodía.

Llegamos al restaurante, entré para saludar a Manuel. No lo vi de entrada así que al camarero que estaba en la barra le pregunté:

- ¿Está Manuel?

Me respondió:

- Buenas tardes.

Yo, pensando que no me había oído, repetí:

- ¿Está Manuel?

Él me volvió a responder, ya con una expresión más dura en la cara:

- Buenas tardes.

Entonces lo pillé. Le dije:

- Buenas tardes, ¿está Manuel?

Él me dijo:

- Ahora si. Lo aviso.

Salió Manuel y me limité a recordarle que había estado a mediodía, que había sido una experiencia estupenda, y que me alegraba de repetir e ir a cenar allí. Sin embargo, me quedé con una sensación extraña por el episodio con el camarero. Por la noche, volviendo al hotel, fui a caminar un rato, y pensé en el incidente: ¿Por qué me había sentado mal? Mis conclusiones fueron:

- El camarero tenía toda la razón, sin duda. Yo no lo había saludado, porque me perdieron las ganas que tenía de hablar con Manuel y me había precipitado.

- Pero la forma en la que me había interpelado no me dejó buen sabor. Porque una cosa es que me saludara él, que ya era un mensaje que hubiera pillado, y otra distinta el aguantar la situación, de forma retadora, como lo hizo. Escenificó lo que a mi me sentó como una superioridad moral, que no hacía falta.

Me reafirmo en lo que algunas veces he escrito y siempre sugiero: en comunicación interpersonal, si quieres que el otro haga algo, hazlo tu. Pero no le pidas -o le exijas- que lo haga. Ser referente es más efectivo y deja mejor sabor de boca que aleccionar.

Todo ello lo digo asumiendo absolutamente que yo lo hice mal. Porque no saludé. Me salté lo que tantas veces predico.